

SILVIA PALMA

Resplandor

Nafragaba al despuntar la luz del día,
atrás: abandonada la costa y su calor.
Alumbró el rayo la trayectoria del viento.

Una marejada me sorprendió de vuelta
a esta pequeña ciudad blanca.

Después, el arrullo de una canoa
develó la lenta epifanía del pasado.

Para olvidar la agitada relación de los sueños,
detuve un momento en la memoria
tu inanimada figura,
como un ave mojada sacudiendo recuerdos profundos.

Anclado el esquife en terreno escarpado,
observé el zigzagueante vuelo de la golondrina.
Era todavía mi alimento el solo deseo del fruto de los huertos.

Y ese fruto rendido cayó en agua mansa
como cae una estrella en la noche más larga.

El fruto eras tú, sin rostro,
o eras cada vez menos tú,
alguien sobrehumano,
a quien ya no se puede tocar.

Te recordé como se piensa en los muertos
de hace tiempo:

un vago prodigio con temblor
de almendro
que con la brisa del mar
centellea unas cuantas señales
de su cuerpo.

Me descubrí de tezontle mojado,
perdiéndote en el resplandor último
de mi fe

—frente a la marea del alba
más clara de mis días.

Recibimiento autumnal

Sin que alguien lo notara,
el amanecer tendió un brazo bermellón
y abrasó el peral con fuerza
que sol y frío destinaron al fin del verano.

Justo bajo este recibimiento autumnal
nos paralizó Venus con su pálida mirada.

¿Quién vendrá ahora?
¿Cuál el asombro en el espejo del mar?

La mer, la mer, toujours recommencée

Si el rostro del viejo Valéry
es ya un reloj solar
descifrando el paso del tiempo.

Refulge el primer rayo del Sol
entre ramas de peral
y un pensamiento otorga a las sombras.

La mer fidèle y dort sur mes tombeaux

Peral: sacerdote en trance,
ha bebido sangre
y dibuja escenas de antaño.
Depositará su ofrenda
ante el mar callado.

Carta al hijo

PARA DAVID ALIOSHA

Esta mañana vino el extranjero a saludarme,
traía en su rostro el gesto cálido de la simpatía,
con ademán alegre charló de sus recientes días:
la apresurada marcha al trabajo,
las aventuras de los hijos y la esposa,
el paso de los días;
alentó así mi austero mundo de respuestas.

Cabía en su alforja la andanza
de extraña geografía.
Habló también de mi hijo, somnoliento felino,
observando en el umbral de este encuentro.
Y sorprendido el extranjero,
advirtió mi fortuna:

el silencio de un pájaro dormido en tus pupilas,
Las mil y una noches releídas al cobijo de la cuna.

Al partir, enmudeció frente al imperturbable
aislamiento de esta tierra, en la translúcida mirada
del siena,

donde imposible edificar esperanzas
un día.